 Tiempo de lectura: 10 min.

Madre Rosetta Marchese, Hija de María Auxiliadora, fue Superiora General de 1981 a 1984. Recibió muchas gracias de la Providencia que la sostuvieron en su camino de servicio a la Congregación y la llevaron a hacer una ofrenda de sí misma por la salvación de las almas, ofrenda que Dios apreció.

La Sierva de Dios Madre Rosetta Marchese nació en Aosta el 20 de octubre de 1922, hija de Giovanni y Giovanna Stuardi. Es la mayor de tres hijas: ella, Ana y María Luisa. Nació en una bonita casa de las afueras. Rosetta asistió al parvulario y a las tres primeras clases de primaria en las Hijas de María Auxiliadora. De 1928 a 1938 (de los 6 a los 16 años) fue una asidua y activa oratoriana y miembro de la Acción Católica. El ambiente salesiano era vivo, sereno y fue allí donde floreció su vocación.

Con casi 16 años, el 15 de octubre de 1938, Rosetta ingresó como aspirante en la Casa “Madre Mazzarello” de Turín. El 31 de enero de 1939 fue admitida al postulantado. Era una joven sencilla, alegre, de oración y sacrificio. El 6 de agosto entró en el Noviciado. En su mesita del estudio se lee: “Quien se ahorra no ama, se ama”. El 5 de agosto de 1941 hizo su primera profesión. Solicitó a sus superiores salir como misionera, pero debido a la guerra no recibió una respuesta positiva. Inmediatamente después de su profesión, Sor Rosetta fue enviada a Turín y Vercelli para preparar el bachillerato y ayudar a las colegialas.

A los 21 años, de 1943 a 1947, fue alumna de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán, en Castel Fogliani (Piacenza). De 1947 -año en que hizo su profesión perpetua- a 1957 estuvo destinada en la Casa Misionera “Madre Mazzarello” de Turín como profesora, asistente de las educandas, encargada del oratorio y de las exalumnas.

En 1957 (a los 37 años) dejó Turín para ir a Caltagirone, en Sicilia, como directora y permaneció allí hasta 1961. Su encuentro con Monseñor Francesco Fasola, Siervo de Dios, fue fundamental y ayudó a sacar de su alma intuiciones y gracias latentes. El día en que tomó posesión de la diócesis de Caltagirone (22 de enero de 1961), intuyó la santidad del Obispo que la guiaría espiritualmente durante 23 años, hasta su muerte. Su relación con el obispo Fasola arrojó más luz sobre el misterio del sacerdocio, hasta el punto de que el 2 de agosto de 1961 sor Rosetta se ofreció por la santidad del obispo y, más tarde, por la Iglesia, por la santidad de los sacerdotes y por las almas religiosas. Mientras tanto, apoyó a

muchas monjas como maestra de vida interior mediante el acompañamiento espiritual y la correspondencia. De 1961 a 1965, Sor Rosetta fue directora del Instituto Gesù Nazareno de Via Dalmazia, en Roma. Su servicio coincidió con la celebración del Concilio Vaticano II.

De 1965 a 1971 la Madre Angela Vespa, Superiora General de las FMA, confió a Sor Rosetta la gran Provincia romana de “S. Cecilia”. De 1971 a 1973 fue directora en Lecco Olate. Después se le confió el gobierno de otra gran Provincia, la lombarda “Maria Immacolata”. En el XVI Capítulo General, el 17 de octubre de 1975, fue elegida Consejera Visitadora.

De 1975 a 1981 visitó las Provincias de Bélgica, Sicilia, Zaire (actual República Democrática del Congo), Francia, Alemania y Piamonte. En 1981, en el centenario de la muerte de la Madre Mazzarello, que ofreció su vida por el Instituto, del 7 al 10 de octubre, la Madre Rosetta tuvo una experiencia misteriosa en la casa fundacional del Instituto en Mornese. Una voz en la parroquia del pueblo y en la habitación de la Cofundadora le dijo: “¡Acepta, acepta!”. El 24 de octubre de 1981, en el XVII Capítulo General, fue elegida por unanimidad Madre General.

En Turín, el 24 de mayo de 1982, una fiebre alta fue el primer síntoma de la enfermedad que la consumiría: una leucemia grave. En sus cuadernos y epistolarios anota que ofrece su vida por la santidad del Instituto, de los sacerdotes y de los jóvenes. Todos se movilizaron con la oración incesante y también la voluntad de donar sangre para transfusiones. La Hermana Ancilla Modesto cuenta que las Hermanas de Portugal preguntan a la Hermana Lucía de Fátima si puede implorar la curación a Nuestra Señora. La Hermana Lucía de Fátima tiene un sobrino salesiano, el Padre Valihno, que, el 14 de enero de 1983, va a visitar a la Madre en Gemelli, llevando la estatua de Nuestra Señora de Fátima y un mensaje de la Hermana Lucía: “La ofrenda fue agradable a Dios”. En sus últimos días, confió a su vicaria, la Madre Letona María Pilar, que en aquella pequeña habitación de Mornese había intuido su elección como Madre General y su muerte por la santidad de las hermanas y de los sacerdotes. De hecho, la Madre Rosetta nació al Cielo el 8 de marzo de 1984, a la edad de 61 años.

La figura que emerge entrelazando sus cuadernos personales (1962-1982), su epistolario (1961-1983) con el obispo Francesco Fasola (también Siervo de Dios), junto con algunas otras cartas, es la de una mujer profundamente mística, auténticamente salesiana-educadora, plenamente inserta en el contexto socio-eclesial de la Italia conciliar y postconciliar.

Consciente de la compleja realidad de su tiempo y abierta al don de la gracia, con su experiencia de Dios, da, en cierto modo, la “confirmación” de las grandes verdades de la fe católica sobre la Eucaristía, la Virgen y la Iglesia, puestas

en tela de juicio en la descristianización generalizada típica de los 20 años italianos 1958-1978 y, en particular, en la crisis de 1968 con sus prolongadas reverberaciones. Su vida se convirtió en una llamada a lo esencial e inmutable en las fluctuantes y complejas experiencias de su tiempo, de manera especial para la Iglesia, para los sacerdotes, para su Instituto de las Hijas de María Auxiliadora y para los laicos de la Familia Salesiana.

La Madre Rosetta tiene una misión específica: trazar una línea "reparadora y afirmativa" respecto a las verdades de fe empobrecidas por la cultura descristianizada y volver a presentarlas con fuerza y belleza.

Frente al materialismo y la descristianización de la cultura, Madre Rosetta tiene una experiencia fuerte y viva de la Trinidad. Percibió los primeros recuerdos trinitarios desde los primeros años de su vida religiosa (1944 en Castelfogliani; 1951 en Turín, en la Casa Madre Mazzarello; 1959 en Caltagirone), como ella misma relata con detalle:

"*Tengo ante mí las etapas de este camino trazado por Él: los Ejercicios de los votos trienales, cuando leyendo y meditando el Evangelio de San Juan, quedé toda atrapada en los sentimientos de Jesús hacia el Padre Celestial y fue el comienzo de mi lento trabajo de apartarme de mí misma para lanzarme a la penetración del Corazón de Jesús, visto así. Luego, hacia los diez años de profesión, las palabras de Jesús a Felipe: «el que me ve a mí, ve al Padre», me abrieron al Misterio de la Trinidad y Jesús me condujo a la alegría de Su presencia en mí, pero muy imperfectamente experimentada y comprendida por mí. Luego, hace seis años, Nuestra Señora me abrió de par en par al Espíritu Santo y entonces el Misterio de la Trinidad se me hizo cada vez más familiar. El 24 de julio del 65, recitando el Gloria durante la Santa Misa en la expresión «Hijo del Padre», sentí cómo toda la ternura del Padre se derramaba sobre mi alma y, a partir de ese momento, Jesús me dio una participación más íntima en sus sentimientos por el Padre Celestial. Desde entonces, todos los días mi invocación al Espíritu Santo ha sido siempre ésta y creo poder decir que siempre he vivido con esta pasión única de identificarme con Jesús en su amor por el Padre Celestial*" (Marqués Rosetta, Texto mecanografiado).

Frente a la crisis de los sacerdotes y de los fieles sobre la fe en la *Eucaristía*, la Madre Rosetta vivió una intensa vida eucarística de la que sacaba fuerza y luz incluso para la compleja vida cotidiana.

"*Ahora decimos muchas cosas, pero estoy convencida de que sólo una daría*

un vuelco a la Congregación: poder clavar a las hermanas diez minutos cada día ante el Sagrario en oración silenciosa de contemplación y unión con Su Voluntad. Allí se resolverían todos los problemas. Empecemos por ser fieles para que todas lleguen allí" (Madre Rosetta Marchese, Carta a Sor Elvira Casapollo, Mornese 19 de agosto de 1978).

Desde 1979 hasta su muerte vivió el fenómeno místico de la inhabitación eucarística, o la Presencia Real de Jesús, como una Presencia permanente y continua en su interior después de la Comunión. La Madre Rosetta lleva dentro de sí un horno eucarístico ardiente en el que sumerge a sus hermanas, jóvenes y laicos:

"*Me parece ahora que mi tarea consiste en tomar continuamente a todas las almas y sumergirlas en el fuego de amor que es el Corazón de Jesús, que llevo dentro de mí. Quisiera poder repetírselo mil veces al día, siempre... y entonces me dejo atrapar por el trabajo y las dificultades que conlleva; pero esta continua prueba de mi debilidad me hace bien y aumenta mi confianza; cuanto más pequeña y miserable soy, más fácil me resulta perderme en el Corazón de Jesús*" (Madre Rosetta Marchese, Carta al obispo Fasola Francesco, Fiesta de los Arcángeles 1980).

Frente a la crisis de una mariología amenazada por el secularismo y poco atractiva para el pueblo de Dios, Jesús da a la Madre Rosetta una viva relación filial con la Virgen María, mujer del Fiat y del Magnificat, y le da una experiencia viva de la mirada de la Virgen. Con esta intensidad propone a los jóvenes y a los laicos de la Familia Salesiana su amor a María Auxiliadora. De hecho, ella escribe

"*Al comienzo de los ejercicios espirituales, casi de repente, me sentí como penetrada por una mirada interior de Nuestra Señora y como subyugada y tomada por esta mirada [...] Vislumbré cómo mi presencia en María, permaneciendo en Ella, abandonada a Ella, como Jesús después de la Encarnación, sería el camino más seguro para dejar actuar libremente al Espíritu en Jesús (no sé si me expreso bien)*" (Madre Rosetta Marchese, Carta al P. Giuseppe Groppo, Roma 4 de mayo de 1963).

Mientras se agravaba la crisis de las instituciones (Iglesia y sociedad), Madre Rosetta vivió toda la experiencia conciliar y postconciliar *cum Ecclesiae* e invocó la presencia constante del Espíritu sobre ella. El día de la apertura del Concilio, siguiendo el acontecimiento por televisión, escribió al Padre Fasola describiéndolo como un nuevo Pentecostés:

"*Sentí tan viva y palpitante la grandeza y la santidad de la Iglesia de Dios;*

me parecía experimentar casi sensiblemente la presencia de María y del Espíritu Santo en aquel inmenso cenáculo santo" (Madre Rosetta, Carta al obispo Francesco Fasola, Roma, 13 de octubre de 1962).

Frente a un activismo que hace estéril el apostolado entre los jóvenes, ella señala el secreto de la gracia de la unidad: vivir el deber del momento presente en unión con Dios, enraizada en una relación esponsal con Cristo.

"*He aquí, queridos, de este modo comenzáis la contemplación y la acción: cuando tu acción se realiza sólo para Él, buscando Su gloria, haciendo lo posible con los niños para encontrar un buen momento para hablar de Él; cuando te acercas a los padres con el único pensamiento de decirles una palabra para ayudarles a educar mejor a sus hijos; cuando, después de la escuela, asistes a esos niños con la intención de hacerles sentir la bondad, el afecto, el cuidado del Señor que te envía para sustituir a sus padres que no pueden seguirles; cuando intentas ser buena y paciente con tus hermanas a pesar del trabajo y el cansancio; ¡todo esto es buscar a Dios y la unión con Él! Entonces podréis decir que verdaderamente el Señor reina en vuestra vida, y que hay unidad entre la acción y la contemplación*". (Carta de Sor Marchese Rosetta a Sor Boni Maria Rosa, Roma, 21 de enero de 1980).

"*La Santísima Trinidad en mí, yo en el corazón de la Santísima Trinidad, por todo el amor del Espíritu Santo; poseída por Jesús como una esposa; perdida en Él en alabanza al Padre*". (Madre Rosetta Marchese, Cuaderno de notas, 10 de noviembre de 1967).

Frente a un estilo de gobierno a menudo formal y desapegado, típico del periodo preconciliar, eligió la "mística de gobernar":

"*Para servir a las almas, debo moverme en la Paz de Dios; en Jesús para intuirlas, amarlas, descubrir la voluntad del Padre para ellas, en el Espíritu Santo. Permanecer inmersa en Jesús, respirar en el Espíritu Santo y permanecer con paz y amor junto a cada alma: todo lo demás es inmensamente secundario*". (Madre Rosetta Marchese, Cuaderno, 1 de diciembre de 1971).

Su testimonio y su espiritualidad salesiana, tan fascinantes y proféticos, iluminan nuestra vida de fe, nuestra relación con el Señor Jesús, y revigorizan nuestro apostolado entre los jóvenes con una nueva belleza y profundidad. Ella anima a las hermanas:

“*Hacedlo todo para salvar almas y que ningún esfuerzo os parezca demasiado grande si pensáis que sirve para salvar almas, especialmente almas jóvenes*”. (Informe de la visita extraordinaria de la Madre Rosetta Marchese, Munich, 20-24 de noviembre de 1978, 3/3).

Verdaderamente la Madre Rosetta Marchese es una salesiana completa en la que el “*Da mihi animas cetera tolle*” de Don Bosco y de la Madre Mazzarello entre los jóvenes, especialmente las chicas, está enraizado en un profundo fuego interior, en una profunda unión con Dios.

Hermana Francesca Caggiano
Vice postuladora